

ARTÍFICES

No.7

25

HISTORIAS





ARTESANÍA POPULAR

Existen artesanías que, a simple vista, son reconocidas como parte de nuestra cultura. Tal es el caso de las máscaras del carnaval de Barranquilla o del sombrero vueltiao, objetos reconocidos en Colombia y convertidos en emblemas de nuestro país frente al mundo.

También hay otras que hacen parte de nuestras raíces ancestrales indígenas como lo son la mochila arahuaca o el balay cubeo; en las que cada puntada o trama refleja la identidad de un pueblo y su forma de ver y relacionarse con el entorno (cosmogonía).

Estos dos tipos de artesanía fueron abordados en las ediciones 5 y 6 de la revista Artífices. En esta nueva entrega nos detenemos en la gran variedad de artesanías que no son étnicas, ni emblemáticas, pero que hacen parte de la cultura colombiana y es alimentada con una identidad propia reconocible en el ámbito local, regional o incluso nacional.

Son oficios cuyo origen indígena, español y afro se diluyeron en los quehaceres del campesinado colombiano que por necesidad, costumbre o distinción, los mantuvieron presentes a lo largo del tiempo para futuras generaciones. Esta memoria de lo rural quedó guardada

en los objetos de uso cotidiano como lo es un chal, un sombrero o un canasto. Cada uno es el reflejo del campesino de tierra fría, cálida o templada.

Muchos de los objetos se elaboran con materias primas vegetales como la iraca, el junco o el fique, por sólo nombrar algunas. Ellas hablan de la tierra en la que se ubican los oficios, que va de la árida a la pluviosa.

Como se dijo anteriormente, estos trabajos han sido guardados para futuras generaciones. Así como hay casos en los que ha disminuido el número de artesanos dedicados a ellos, otros han buscado la forma de evitar su extinción a través de estrategias organizativas o pedagógicas.

La permanencia en el tiempo de estos oficios ha permitido el sustento económico de muchos artesanos y sus familias. Algunos bajo la reproducción de los objetos tradicionales y otros a través de la reinención de las artesanías en aspectos como el diseño o la diversificación de productos. En esta permanencia, transformación y adaptación está el futuro de estas tradiciones que son de gran importancia para la artesanía colombiana.

ANA MARÍA FRÍES MARTÍNEZ
GERENTE GENERAL ARTESANÍAS DE COLOMBIA

Mapa de Artesanías de Colombia

1. Estrella María Angulo	Usiacurí / Atlántico	Iraca sobre estructura
2. Alba Cecilia Tapias	Mongui / Boyacá	Gualdrapas
3. María del Carmen Rozo	Ráquira / Boyacá	Ceramica
4. Amalia López Suárez	Tipacoque / Boyacá	Clineja de fique
5. Magdalena Aponte	Tibaná / Boyacá	Tejido rollo paja blanca
6. Nelly Flechas	Duitama / Boyacá	Macramé
7. David Manosalva	Nobsa / Boyacá	Mueble colonial
8. Jesus Arango	Marulanda / Caldas	Telar lana
9. Elvira Gómez	Timbio / Cauca	Seda telar horizontal
10. María Concepción Florez	Chimichagua / Cesar	Palma estera telar vertical
11. Denis Castilla Cira	Cereté / Córdoba	Cestería rollo calceta
12. Emilce Riaño	Ubaté / Cundinamarca	Telar horizontal lana
13. Flor Alba Briceño	Fuquene / Cundinamarca	Esteras en junco
14. Rosario Becerra Rengifo	San agustin / Huila	Tejeduría en Fibra de platano
15. Flavio Muñoz	Belén / Nariño	Trabajos en cuero
16. Aida Montezuma	Sandoná / Nariño	Sobrero Iraca
17. Wilmar Colorado	Filandia / Quindío	Bejuco tripa perro
18. Gloria Bayer	Guatica / Risaralda	Seda telar horizontal
19. Seiny Sanabria	Charalá / Santander	Lienzo de la tierra
20. Nelida Colon Franco	Morroa / Sucre	Telar vertical
21. Sol Angel Briñez	El Guamo / Tolima	Tejeduria en palma real
22. Rosa Lia Triana	Ibagué / Tolima	Cestería
23. Cecilia Velasquez	Cartago / Valle	Bordado
24. Rubiela Grisales	Anserma / Caldas	Calados y bordados
25. María Helena Muñoz	Suaza / Huila	Sobrero Iraca



1. USIACURÍ / ATLÁNTICO

ESTRELLA Y LA PALMA





ESTRELLA LES MUESTRA LAS MÚLTIPLES POSIBILIDADES QUE OFRECE LA FIBRA Y LES TRANSMITE LA PASIÓN QUE SIENTE CADA VEZ QUE TEJE CON LAS MANOS.

Elaborar artesanías con la fibra que se obtiene de la palma de iraca se ha convertido en una tradición en el municipio de Usiacurí, en el departamento del Atlántico. Al igual que las mujeres de su familia, **Estrella María Angulo** aprendió a los diez años el oficio. Su madre, que hoy tiene 90 años, hacía paneras con la fibra y a ella, siendo una adolescente, se le ocurrió crear unos corazones sobre unas estructuras en alambre que servían de adorno y también se utilizaban para guardar dulces. Estrella enviudó a los 24 años. Para sostener a sus cuatro hijos y sacar a su familia adelante se metió de lleno en la artesanía. Ingresó a la Cooperativa de Tejeduría de Usiacurí, donde hoy trabajan 33 artesanos. Allí empezó a descubrir otras maneras de trabajar la fibra para ofrecer una amplia variedad de productos. En diferentes capacitaciones aprendió a hacer a mano individuales, bolsos, monederos, servilleteros, portavasos y caminos de mesa.

Aunque en la región no hay cultivos de palma de iraca, de varias zonas de Bolívar y del Magdalena reciben la fibra procesa-

da y lista para tejer. Estrella se encarga del proceso de tintura, en caso de que el diseño del producto así lo requiera. Su objetivo es innovar cada año y sorprender a los clientes con nuevos productos. Hace tres años comenzó a tejer lámparas y baúles para guardar la ropa, y este año ha estado desarrollando unos pubs que lanzará al mercado en diciembre. Sus productos se han vuelto tan prestigiosos que uno de los clientes de Estrella es el almacén Cachivaches, donde venden unas singulares bases para platos tejidas por ella.

Gracias a la artesanía ha sacado a sus cuatro hijos adelante. Ahora, a los 59 años, sostiene que su propósito es mantener vivo el conocimiento de la tejeduría con palma de iraca. En los colegios del municipio les enseña a los niños a familiarizarse con la materia prima y a tejer sus primeros productos. Además, realiza jornadas de capacitación en los barrios e instruye a los artesanos que aun no se han profesionalizado en el oficio. Estrella les muestra las múltiples posibilidades que ofrece la fibra y les transmite la pasión que siente cada vez que teje con las manos.



2. MONGUI / BOYACÁ

LAS GUALDRAPAS: DISTINCIÓN ANCESTRAL



EN ARTELARIO PROFESIONALIZARON EL OFICIO, APRENDIERON A TEJER EN TELAR HORIZONTAL, COMENZARON A VISITAR DIFERENTES FERIAS ARTESANALES Y A DARSE A CONOCER POR EL TEJIDO DE UN ARTÍCULO QUE, HOY EN DÍA, MUY POCOS HACEN.

Cuando **Alba Cecilia Tapias** cumplió 20 años comenzaron a realizarse diferentes talleres de técnicas artesanales en Monguí, Boyacá. Gracias a la iniciativa de un sacerdote se abrieron capacitaciones en talla en piedra, elaboración de productos de madera, talabartería, forja y tejeduría. Alba Cecilia, que hasta ese momento había trabajado en una oficina, se unió al grupo que se había formado en tejeduría. Con ellos creó una cooperativa en 1986 con el objetivo de perfeccionar la técnica del tejido en telar vertical con lana y algodón. Quería dedicarse a un trabajo que, además de apasionarla, le permitiera generar sus propios recursos.

A inicios de los años 90 la cooperativa se transformó en Artelario, una asociación que agrupó durante diez años a 18 artesanos de Boyacá. En Artelario profesionalizaron el oficio, aprendieron a tejer en telar horizontal, comenzaron a visitar diferentes ferias artesanales y a darse a conocer por el tejido de un artículo que, hoy en día, muy pocos hacen: la tradicional gualdrapa, una cobertura que desde el siglo XII se utiliza como adorno sobre las ancas del caballo. Las gualdrapas miden 50x50 o 70x70 centímetros y se tejen con lana y algodón. Además de pro-

teger y dar distinción al caballo, afianzan el estatus de quien lo monta.

Debido a la falta de liderazgo Artelario se disolvió, pero Alba Cecilia continuó trabajando desde su casa con la ayuda de su hermana Rosa. Ellas mismas se encargan de lavar la lana que les llevan, de escarmenarla, de hilarla y de tinturarla antes de unirla con el algodón y pasarla al telar vertical, en el que, además de gualdrapas, tejen tapices, tapetes de diferentes tamaños, cobijas, ruanas, mantas y bolsos con diseños precolombinos y geométricos. En su tiempo libre se dedica a investigar sobre tejeduría y tintorería tradicional. Estudiando ha aprendido cómo fermentar el cedro para conseguir el color negro, cómo utilizar el eucalipto para lograr tonos grises, cafés y amarillos, cómo sacar una gama de azules utilizando la planta del añil y qué semillas emplear para conseguir colores rojos y rosas.

A los 58 años, Alba Cecilia ha logrado consolidar su trabajo. Mensualmente envía pedidos a Bogotá, Medellín y diferentes municipios de Boyacá. Además, con el lema aprendiendo y transmitiendo, ha capacitado a decenas de artesanas independientes de la región.



3. RÁQUIRA / BOYACÁ

EL PODER
DE CREAR
CON LAS
MANOS



EL PROCESO MANUAL, EN EL QUE NO SE UTILIZAN MOLDES NI TORNOS, PERMITE CONSEGUIR PIEZAS ÚNICAS CREADAS CON LA PRECISIÓN DE LAS MANOS DE LA ARTESANA.

María del Carmen Rozo asegura que todas las mujeres de su familia han heredado el conocimiento de la cerámica hecha a mano. Al igual que sus tres hermanas, ella aprendió a los ocho años mientras observaba a su madre crear con las manos vasijas, múcuras y tinajas. Con el tiempo su madre empezó a entregarle bolitas de barro mojadas en agua para que, con sus pequeñas manos, comenzara a conocer y a dominar el material. Primero hizo alcancías, y luego vasijas y ollas pequeñas.

El proceso manual, en el que no se utilizan moldes ni tornos, permite conseguir piezas únicas creadas con la precisión de las manos de la artesana. El primer paso es conseguir el barro molido, el cual tiene un intenso color amarillo. Con la ayuda de su esposo lo pasa por una malla que permite remover piedras, mugre e impurezas. Cuando el barro está limpio lo mezcla con arena y lo resoba hasta tener una masa húmeda y uniforme con la que comienza a darle forma a vasijas, ollas, cazuelas, tinajas, pailas, platones y charoles. También fabrica gallinas que funcionan como recipientes para guardar los huevos y caballos, que se utilizan para la decoración y que,

según cuenta María del Carmen, son el objeto más lujoso que elabora.

Cuando las piezas están listas las deja secar en la sombra, ya que el sol puede agrietarlas y partirlas. Después las lleva durante 24 horas al horno de leña y las deja enfriar durante un día. El resultado son piezas de cerámica de tonos colorados ideales para cocinar, ya que resisten muy bien el calor y mantienen la frescura y el sabor de cada alimento. Cada tres meses realiza entre 80 y 100 piezas que se venden en Ráquira, Boyacá, donde tiene su casa taller. Allí la visitan constantemente estudiantes de colegios del departamento y de universidades de Bogotá que quieren observar y aprender el proceso. Algunos, incluso, aprenden a hacer vasijas en un solo día de entrenamiento.

Como es costumbre en su familia, su hija aprendió el oficio desde pequeña y está dispuesta a continuar con una tradición que, debido a la tecnología y al uso de moldes y tornos, está desapareciendo. A los 76 años, María del Carmen confía en que el conocimiento que ha transmitido no se pierda y que muchas artesanas jóvenes se enamoren de la cerámica creada con el poder de unas manos.



4. TIPACOQUE / BOYACÁ

ESA CLINEJA DE FIQUE





Amalia López dice que el primer recuerdo de su infancia es el fique. Al igual que a sus ocho hermanos, le enseñaron a manejar la fibra desde que era una niña. A ella y a sus hermanos menores les ponían de tarea entregar un kilo de clineja de fique diario, mientras los mayores debían entregar dos. Con las clinejas o trenzas de fique su madre se sentaba al amanecer a tejer suelas para zapatos que le vendía a un empresario en Bogotá. Cada ocho días su padre llegaba con una arroba de fique que conseguía en el municipio de Covarachía, Boyacá, y la rutina se repetía. Cuando Amalia cumplió doce años llegó a la vereda de El Palmar, en el municipio de Tipacoque, el artesano bogotano Ignacio Parra. Él la capacitó a ella y a otro grupo de artesanas en la tejeduría de alfombras, tapetes e individuales de fique. También les enseñó a utilizar anilinas para tinturar la fibra y crear coloridos diseños. En ese momento su madre dejó de elaborar las suelas y empezó a encargarse de hacer las clinejas para que Amalia se dedicara al tejido. Tiempo después, gracias a una capacitación de Artesanías de Colombia, aprendió a hacer tapetes de

varios colores que le dieron fama en la región y que hoy vende por encargo.

A los 72 años, no se ha alejado un solo día del oficio. Dice que lo más dispendioso del proceso es conseguir buen fique. Para que la fibra absorba los colores necesita un fique blanco y limpio que, generalmente, es el que llega desde Curití, Santander. Cuando lo consigue lo tintura con anilinas verdes, rojas, amarillas o azules. Luego deja secar la fibra y, cuando está lista, la corta y la arregla para resaltar el color y mejorar la calidad del tejido. Finalmente comienza el largo proceso de tejer con aguja y cabuya. Para hacer un tapete necesita una semana entera de trabajo.

Amalia teje sola, con la compañía de un radio que le anuncia la hora. De esa manera sabe cuándo tiene que descansar y comer o cuándo ha llegado el momento de dormir. Tiene cuatro hijos, pero ninguno se ha interesado por continuar con el oficio. Sin embargo, ella sostiene que seguirá tejiendo tapetes e individuales hasta que pueda. Lo ha hecho desde niña y no se imagina cómo sería su rutina sin un oficio que se ha convertido en su vida.



5. TIBANÁ / BOYACÁ



TEJIDO
GENERACIONAL



MAGDALENA DOMINA 50 TÉCNICAS DE TEJIDO, FUE MAESTRA DEL SENA, HA CAPACITADO A MÁS DE 500 ARTESANAS DE BOYACÁ Y EN 2013 RECIBIÓ LA MEDALLA DE LA MAESTRÍA TRADICIONAL.

Magdalena Aponte heredó una tradición que ha acompañado a su familia por más de cien años. Desde muy niña su mamá le enseñó el oficio de la cestería en fique, le mostró cómo trabajar la lana y la instruyó en el tejido en dos agujas y en croché. Con el tiempo dominó la cestería en chusque, en cañuela y en guadua, pero una de las prácticas que más la conectó con el oficio fue la labor diaria de dejar iniciados una docena de canastos antes de salir a la escuela. Gracias a su trabajo, su mamá podía terminarlos a tiempo y venderlos en el mercado de Tibaná, Boyacá. A los 20 años dejó su casa para dedicarse al estudio, pero cuando se enteró de que estaba embarazada decidió centrar toda su energía en la cestería. Durante ocho años trabajó como madre comunitaria y en 1996 se presentó al Instituto de Bellas Artes de Boyacá, donde la apoyaron llevándola a diferentes ferias artesanales en las que mostró las paneras, canastos, papeleras y jarrones que hacía en cestería de gaita y chusque (una especie de caña).

En esa época se integró a la Asociación de Canasteras de Tibaná. Magdalena cuenta que cuando se acabó el chusque, la fibra que más utilizaban para los productos, comenzaron a trabajar con el tejido en rollo de paja blanca que, hasta ese momento, únicamente se em-

pleaba en la región para el tejido de un pesado sombrero. La paja es de páramo y, aunque tienen la autorización del municipio para extraerla, se han dado a la tarea de enseñarles a los dueños de las fincas cómo hacerlo.

Para trabajar la paja se necesitan 14 procesos diferentes. La fibra debe extraerse hilo por hilo, lavarse con agua y jabón, y ponerse a hervir para quitar impurezas. Luego comienza el proceso de tintura, que realizan con químicos y con plantas naturales que han estado estudiando durante diez años. Después hay que dejar enfriar la fibra, lavarla y secarla para, finalmente, comenzar a tejer a mano diferentes productos como individuales, jarrones y sombreros.

En 2003, junto con otras nueve artesanas, formó la Asociación de Artesanas de la Paja Blanca y el Fique de Tibaná. Dependiendo del número de pedidos se dividen el trabajo, que cada una realiza desde su casa. Magdalena domina 50 técnicas de tejido, fue maestra del Sena, ha capacitado a más de 500 artesanas de Boyacá y en 2013 recibió la Medalla de la Maestría Tradicional. A los 67 años, se siente orgullosa de comercializar sus productos en Estados Unidos y en varios países de Europa. Gracias a su trabajo y empeño, ha logrado rescatar las tradiciones culturales del departamento.



6. DUITAMA / BOYACÁ

TEJIENDO SUEÑOS





EL MACRAMÉ ES SU ESPECIALIDAD Y LA RAZÓN POR LA QUE SE HAN HECHO TAN POPULARES SUS PRODUCTOS. LA TÉCNICA SE LA HAN ENSEÑADO A DECENAS DE MUJERES CON LA ÚNICA CONDICIÓN DE QUE DESPUÉS TRANSMITAN EL CONOCIMIENTO.

Nelly Flechas heredó la sabiduría del tejido de su madre, quien llegó a Duitama hace 61 años para formar un hogar. En esos tiempos su madre tejía por placer, para honrar un legado que había recibido de las mujeres de su familia. Pero cuando enviudó repentinamente a los 36 años, entendió que solo podría darles un futuro a sus cinco hijos poniendo en práctica su saber.

Nelly aprendió a los 15 años el croché, el macramé y el tejido en dos agujas. Estudió contaduría pública en la Universidad Santo Tomás y en 1972, junto con su madre, creó el taller Tejidos Boyacá, que hoy cuenta con cuatro artesanas de tiempo completo y la ayuda de 72 familias que se benefician de la práctica del oficio. Con materiales como la lana, el hilo, el cuero, el acetato y diferentes tipos de telas hacen vestidos, faldas, pantalones, chalecos, chales y pañolones.

El macramé es su especialidad y la razón por la que se han hecho tan populares sus productos. La técnica se la han enseñado a decenas de mujeres con la única condición de que después transmitan el conocimiento. Han dictado cursos en cárceles, juntas de acción comunal y barrios del municipio, de los cuales han salido tejedoras que se han especializado en faldas, chalecos y paños. Además, aprendió a trabajar con la gamuza

de becerro, con la que hace ruanas y chales de diferentes diseños y colores.

A los 59 años, dice que le gusta innovar y hacer prendas únicas. A Nelly nada le queda grande. Cuando Gabriel García Márquez ganó el Nobel tejó las bufandas, gorros y guantes que llevó la delegación colombiana a Estocolmo. Fue ella quien se encargó de hacer los manteles de macramé para el matrimonio del exministro Andrés Felipe Arias y de vestir, junto con el diseñador Diego Guarnizo, a las 26 candidatas a señorita Colombia durante una fiesta en el Club Naval en 2012. Con sus diseños ha visitado ferias en Estados Unidos, México, Ecuador y Argentina, y cuando puede viaja a Europa para traer nuevos materiales que le permitan mantenerse a la vanguardia. Tiene un punto de venta en el pueblito boyacense de Duitama, patrimonio cultural del municipio, y sueña con abrir un nuevo local el próximo año en Bogotá. También está concentrada en uno de sus proyectos más ambiciosos: la creación de una escuela de artes y oficios en el municipio. Ya tiene la casa, que consiguió gracias a un préstamo, y espera hallar pronto cofinanciación para arrancar clases en febrero. Su sueño es incluir a la población más vulnerable en el oficio y transmitir el conocimiento del tejido a las generaciones venideras.



7. NOBSA / BOYACÁ

LOS MUEBLES COLONIALES DE NOBSA





David Manosalba tenía 16 años cuando conoció a Diana Pérez, hija de los dueños de la empresa Punta larga, dedicada desde 1974 a la fabricación de muebles coloniales. Gracias a Diana, quien hoy es su esposa, se enamoró de una práctica que desde 1960 le ha dado fama a la vereda Punta Larga, en Nobsa, Boyacá. Juntos comenzaron a conocer a profundidad el negocio y a participar en diferentes ferias artesanales en el país, incluso visitaron la feria artesanal de Milán, en Italia, una de las más grandes del mundo. Con tan solo 17 años Diana y David crearon Rústicos de la Cabaña, una empresa que hoy cuenta con doce empleados y que se ha encargado de mantener la tradición del mueble colonial en el municipio.

La pareja se encarga de los diseños, los cuales buscan innovar respetando la tradición. Con maderas como el amarillo, el pino ciprés y el pino patula, que se dejan secar al natural, los artesanos de la empresa realizan el proceso de corte, ensamblaje y maquinación de muebles de sala, mesas auxiliares, mesas de noche, comedores, camas, baúles, tocadores, mecedoras, sillas, armarios, escritorios, percheros y servilleteros. Cada mueble, inspirado en los modelos coloniales españoles, tiene un proceso de talla, calado y herraje.

La talla sobre madera, en la que antiguamente se tallaban dragones, cisnes, tigres y delfines, hoy presenta motivos de rosas, flores y hojas. El calado que, según David, es la especialidad de la empresa, se distingue por su textura lisa y simétrica en la decoración de las piezas. Para los herrajes de las puertas y cajones continúan trabajando con modelos de cerrojos antiguos. A los 29 años, David confía en la posibilidad de seguir consolidando la práctica en la región. Para él, fabricar muebles coloniales es un oficio que exige pasión y compromiso. Por eso mismo hizo parte de la creación de Madeartet, una asociación de 25 artesanos que busca legalizar la madera, generar ruedas de negocio y obtener una mayor participación en ferias.

Rústicos de la Cabaña envía mensualmente pedidos a dos almacenes de Medellín, a uno en Bogotá y a uno en Bucaramanga, pero el propósito es reactivar las exportaciones durante los próximos dos años. En el pasado sus suegros lograron despachar muebles a España e Israel, por lo que volver a enviar productos al exterior es un paso fundamental para la empresa. También lo será para la vereda, que ha sabido mantenerse en pie en tiempos en los que la industrialización y los muebles tamboreados parecen acaparar todo el mercado.



8. MARULANDA / CALDAS

MADEJA, LANA Y TEJIDO



SUS PRODUCTOS LLEVAN LA MARCA ARTESANÍAS JAR, LA CUAL LO HA HECHO FAMOSO EN LA REGIÓN. EL VOZ A VOZ HA SIDO TAN EFECTIVO QUE, AUNQUE DICE NO PRODUCIR MUCHO, CADA MES VENDE DIFERENTES ARTÍCULOS A BOGOTÁ, MANIZALES, ARMENIA Y PEREIRA.

Jesús Arango soñaba con ser mecánico automotriz, pero a los 15 años conoció la lana y supo que su pasión era otra. Su padre fue agricultor y su madre ama de casa. Por curiosas, dos de sus hermanas ingresaron a una cooperativa en Pensilvania, Caldas, donde aprendieron a tejer con lana. Ayudándoles con pequeñas tareas, Jesús se fue enamorando poco a poco del tejido. Primero aprendió a hilar la lana a mano y luego se instruyó en el proceso de tejer en telar. Con el tiempo sus hermanas se alejaron del oficio, pero Jesús se mantuvo fiel a su camino.

En los años 70 vivió en Manizales, donde trabajó con lanas industriales, y en 1982 se instaló en el municipio de Marulanda, Caldas. Allí se integró a la Cooperativa Ovina y se especializó en el proceso artesanal de la tejeduría con lana. Jesús asegura que cada paso necesita de experticia y agilidad. Una vez consigue la mota del ovejo que le compra a ovinocultores de la región, debe escamarla, limpiarla, torcerla, convertirla en una madeja, lavarla con agua fría y caliente, secarla a temperatura ambiente, devanarla y montar la urdimbre para, por fin, pasarla al telar y comenzar a dar forma a ponchos, chales, capas, cuellos, medias y bufandas. También teje las tradicionales ruanas, que

se hacen en lana blanca, gris o negra, y de vez en cuando se le mide a la compleja fabricación de la cobija tradicional, un producto de siete libras que mide 1,80 de ancho por 2,20 de largo. Después de estar 16 años en la Cooperativa Ovina de Marulanda, se independizó. Con la ayuda de su esposa teje desde su casa y en sus ratos libres se dedica a la soldadura. Sus productos llevan la marca Artesanías Jar, la cual lo ha hecho famoso en la región. El voz a voz ha sido tan efectivo que, aunque dice no producir mucho, cada mes vende diferentes artículos a Bogotá, Manizales, Armenia y Pereira. A los 61 años, confiesa sentirse preocupado por el porvenir del oficio. De sus seis hijos ninguno se ha interesado en seguir la tradición y los jóvenes del municipio todavía no demuestran interés en el tejido. Dice que uno de los problemas es el obsoleto sistema de hilandería que hay en Marulanda. Aun trabajan en máquinas patentadas hace más de cien años que, aunque generan hilos de muy buena calidad, hacen que el proceso sea muy dispendioso. Sin embargo, Jesús no se da por vencido. Está convencido de que es posible incentivar a los jóvenes desde que están en el colegio para que los productos de lana sigan cautivando a muchas generaciones.



9. **TIMBIO / CAUCA**

LA LÍDER DE LA SEDA





CULTIVAR LA MORERA ES COSTOSO Y LA ALTA DEMANDA EXIGE QUE CADA VEZ MÁS CAMPESINOS COMIENCEN A CULTIVAR LA PLANTA. ELVIRA CONFÍA EN QUE LA SEDICULTURA SIGA PRESENTE EN EL DEPARTAMENTO

A los 88 años, **Elvira Gómez** continúa tejiendo en un telar vertical que guarda en su casa, en el municipio de Timbío, Cauca. La seda apareció en su vida cuando tenía 50 años. Había enviudado y se dedicaba a la siembra de café, yuca y plátano, cuando le contaron de un proyecto de diversificación de cultivos que la Federación Nacional de Cafeteros quería implementar en la región para generar nuevos recursos económicos. Preocupada por la situación de los campesinos de la zona, que solo recibían pago dos veces al año durante la recolección del café, la Federación organizó un proyecto de sedicultura en el Cauca con 100 campesinos que comenzaron a sembrar la planta de la morera. Elvira intuyó que era un camino que valía la pena recorrer y se unió a la iniciativa. En un terreno que tenía se dio a la tarea de sembrar la planta para comenzar el cultivo del gusano. Además, formó un grupo de 18 artesanas que se reunían en su casa para aprender sobre el proceso de hilatura.

En 1987 la Federación llevó a un grupo de chinos para que las instruyeran en el proceso de cultivo, tejeduría y diseño de prendas de seda. Así se fueron lanzando a tejer charles, blusas, bufandas, cinturones, ruanas y

un hilo para seda dental que comercializan en Medellín. Empezando los años 90 Artesanías de Colombia las capacitó en tintería, investigación y tejeduría en telar horizontal. Gracias al descubrimiento del oficio, Elvira y las demás artesanas encontraron un sustento que les ha permitido continuar viviendo en el campo mientras envían sus productos a Medellín, Bogotá, Barranquilla y un punto de venta en Popayán.

En el año 2000 Elvira participó en la creación de Corseda, una organización conformada por cerca de 200 familias productoras del capullo. Por su experiencia, entrega y liderazgo, se convirtió desde ese momento en la imagen de la cooperativa, lo que le ha permitido viajar con sus tejidos a España, Islas Canarias, Bolivia y Ecuador. En 2001 obtuvo el segundo puesto en el premio Mujer Cafam y ahora espera que el proyecto de la seda pueda mantenerse vigente. Cultivar la morera es costoso y la alta demanda exige que cada vez más campesinos comiencen a cultivar la planta. Elvira confía en que la sedicultura siga presente en el departamento, mientras tanto continúa tejiendo todos los días y agradeciendo la presencia de la seda en su vida.



10. CHIMICHAGUA / CESAR



LA
MARAVILLOSA
SENCILLEZ
DE UNA
ESTERA



ELLA MISMA SE ENCARGA DE CONSTRUIR SUS TELARES ARTESANALES. HOY TIENE CUATRO EN LOS QUE HACE INDIVIDUALES Y ESTERAS DE DIFERENTES TAMAÑOS, LA MÁS GRANDE QUE HA HECHO MIDE CUATRO METROS DE ANCHO POR CINCO METROS DE LARGO.

María Concepción Flórez asegura que le enseñaron a tejer para evitar que callejeara tanto. Aunque su abuela y su mamá conocían el oficio, fue su tía quien la inició en la cestería a los siete años. Primero aprendió a manejar la palma de la estera y a dominar el miedo a las púas que inevitablemente se meten en las manos. Entendió que para evitar el dolor debía manipular la fibra rápida y bruscamente antes de poder peinarla.

María Concepción confiesa que de niña le apasionaba manejar la fibra, pero que no la entusiasmaba tejer. Hizo un curso de ebanistería, otro de tejido de flores en tela y finalmente decidió estudiar enfermería. Trabajó en una clínica de Maracaibo y, cuando tenía vacaciones, se empleaba en una boutique donde cosía a máquina camisas, blusas y pantalones. En el año 2000 decidió retomar la tejeduría. Se instaló en su tierra, el municipio de Chimichagua, en César, y se dedicó al oficio.

Ella misma se encarga de construir sus telares artesanales. Hoy tiene cuatro en los que hace individuales y esteras de diferentes tamaños, la más grande que ha hecho mide cuatro metros de ancho por cinco metros de largo. Con cuatro compañeras estuvo tejiendo durante seis días hasta

terminarla. Tinturar también implica un complejo proceso. Las fibras que van ser negras deben envolverse en barro durante una noche en la que la luna esté a punto de entrar a su fase menguante, de lo contrario, asegura María Concepción, el material no adquiere la firmeza necesaria para dejarse manipular. Para conseguir otros colores hierva la fibra con achiote, jagua o dividivi. Cuando la fibra está seca, después de estar dos días bajo el sol, la monta en el telar, en el que hace esteras con diseños geométricos de colores vivos.

A los 63 años, tiene 18 nietos de cinco hijos. Aunque algunos han aprendido el oficio, a María Concepción le preocupa el futuro de un conocimiento que ha acompañado a las mujeres de diferentes generaciones de su familia. Ahora los jóvenes tienen más posibilidades de ir a la universidad y son muy pocos los que demuestran interés en la tejeduría. Pero ella ha conservado el conocimiento a su manera, ha capacitado a más de veinte artesanas de la región y en las ferias que visita enamora a los clientes con la calidad de los productos y el colorido de los diseños. Asegura que aún tiene suficiente fuerza y pasión para tejer sus maravillosas esteras.



11. CERETÉ / CÓRDOBA

LA CESTERÍA Y EL PLÁTANO





CUANDO LA CALCETA DE PLÁTANO ESTÁ SECA HACE UN ROLLO CON LA PALMA DE IRACA QUE SIRVE DE SOPORTE PARA LA CESTERÍA. TODO EL PROCESO ES MANUAL, SOLO NECESITAN UNA AGUJA Y UNAS TIJERAS PARA DAR VIDA A FRUTEROS, BANDEJAS, INDIVIDUALES Y CANASTOS DE DIFERENTES TAMAÑOS.

Denis Castilla conoció los secretos de la cestería a los 40 años. Aunque desde pequeña había visto cómo su madre tejía hamacas rústicas con cepa de plátano, comprendió todo lo que la fibra le podía ofrecer luego de una capacitación que realizó el Sena en Rabolargo, corregimiento de Cereté, Córdoba. Así aprendió la manera de trabajar la calceta de plátano para crear bolsos, y luego se unió con otras ocho artesanas para seguir investigando y conociendo la materia prima.

Antes sacaban la fibra verde del tronco y la secaban al sol, pero se dieron cuenta de que el proceso no funcionaba. Para obtener una fibra más fuerte comenzaron a utilizar la capa más interna del tallo, la cual produce una fibra natural, de tono beige, con más brillo y resistencia. Una vez obtienen la fibra la extienden en el techo de las casas y la dejan secar dos o tres días bajo el sol. Luego comienzan a tejer. Si quieren conseguir una fibra más blanca utilizan la cepa del banano manzano. Cuando quieren tinturar la materia prima, un complejo proceso debido a la grasa de la cepa, utilizan anilinas verdes, rojas y azules que aprendieron a emplear el año pasado en una capacitación de tintes que Artesanías de Colombia realizó en la zona.

Cuando la calceta de plátano está seca hacen un rollo con la palma de iraca que sirve de soporte para la cestería. Todo el proceso es manual, solo necesitan una aguja y unas tijeras para dar vida a fruteros, bandejas, individuales y canastos de diferentes tamaños. Con sus productos ha visitado ferias en Medellín, Barranquilla, Pitalito, Bogotá y Miami, pero su sueño es poder exportar sus creaciones y renovar cada año los diseños. Ahora está experimentando con productos cuadrados y canastos de colores.

A los 77 años, Denis afirma que la cestería se ha convertido en su vida. Sus tres hijos se involucraron en el oficio y también recibe ayuda de un muchacho de quince años que vive en el municipio y que hace poco se enamoró de la artesanía. Todos los días se levanta a las cuatro de la mañana, teje hasta las siete, luego se dedica a los quehaceres del hogar y en la tarde se consagra de nuevo a la cestería. Cuando se acerca una feria es capaz de trabajar hasta las diez de la noche para tener listos decenas de productos. La pasión por lo que hace la motiva todos los días a continuar desarrollando un saber con el que espera inspirar a las nuevas generaciones.



12 **UBATÉ / CUNDINAMARCA**

LANA QUE UNE





Emilce Riaño aprendió a tejer con lana cuando comenzó sus estudios de primaria. En la escuela le enseñaron el tejido en dos agujas y a hacer bordados para cojines, carpetas y manteles que luego llevaba a su casa. Su papá se dedicaba a la minería y su mamá a los oficios del hogar. De sus siete hermanos –cinco mujeres y dos hombres– es la única que sabe tejer. A los 12 años ya dominaba el oficio, y a los 17 se casó. En ese momento se consagró a la artesanía y empezó a tomar cursos de belleza, de sistemas y varias capacitaciones sobre cómo formar empresa y mejorar la técnica del tejido. Con el tiempo conoció el croché y compró una máquina de coser que aprendió a manejar viendo tutoriales en internet. Emilce trabaja sola en un cuarto de su casa que transformó en un pequeño taller. Se levanta a las cinco de la mañana, despacha a dos hijos varones, uno para el trabajo y otro para la universidad, se ocupa de su hija de dos años y a las nueve comienza a tejer. Lo hace hasta las once de la mañana, luego prepara el almuerzo y retoma las labores de tejido hasta las cinco. Con aguja y lana hace ruanas, sacos, gorros, guantes y bufandas

que vende en ferias, a una señora del municipio de Sutatausa que periódicamente le hace pedidos y a clientes que la han ido conociendo y que llegan a su casa en Ubaté, Cundinamarca, a comprarle productos. A los 37 años, les ha enseñado los secretos de la tejeduría a varias mujeres del municipio que le han pedido compartir lo que sabe. Sus hijos no se interesaron por el oficio, pero sus esperanzas están puestas en su pequeña hija, quien ya empieza a conocer la lana y disfruta sentirla en las manos. Emilce asegura que su sueño es formar una microempresa en la que puedan asociarse un grupo de artesanas del municipio. Aunque dice que el trámite y el papeleo son complicados, ya empezó a dar los primeros pasos. Dos veces a la semana se reúne con otras 20 artesanas en la Casa de la Cultura de Ubaté. Les gusta encontrarse para conocer el trabajo que cada una está realizando, recibir orientación sobre el tejido o inspiración para la creación de un nuevo diseño. Emilce está convencida de que con la fuerza y la pasión que todas sienten por la tejeduría muy pronto podrán tener la empresa que añoran.



13. **FUQUENE / CUNDINAMARCA**

CON LAS
FIBRAS
DEL AGUA



EN 1999 UNA PORTACAZUELA NEGRA QUE DISEÑARON CON LA ASESORÍA DE ARTESANÍAS DE COLOMBIA GANÓ EL LÁPIZ DE ACERO, A MEDIADOS DE LOS AÑOS 2000 LES DICTÓ UNA CAPACITACIÓN A 50 ARTESANAS DE CARTAGENA QUE EMPEZARON A PONER EN PRÁCTICA EL OFICIO, Y EN 2011 FUE ESCOGIDA PARA REPRESENTAR AL PAÍS EN EL FESTIVAL SMITHSONIAN FOLKLIFE FESTIVAL EN WASHINGTON, ESTADOS UNIDOS.

A los ocho años **Flor Alba Briceño** se lanzaba a la laguna de Fúquene a cortar juncos con los que luego su abuela le enseñaba a tejer esteras. Observando las manos de su abuela y de su madre fue aprendiendo un oficio tradicional que las familias del municipio han sabido mantener con el paso del tiempo.

En un comienzo únicamente se dedicó a la fabricación de esteras y juncos para descansar y dormir. Para conseguir el material debía cortar cada seis meses unos 200 manojos de junco y secarlos durante quince días al borde de la laguna para que empezaran a tomar el característico color amarillo de los productos que se tejen con la fibra. Después debía caminar dos kilómetros y viajar un rato en lancha hasta llegar al invernadero donde guarda y protege de la lluvia a la materia prima, ya que si el junco vuelve a mojarse puede negrearse y estropear todo el proceso. Flor Alba cuenta que para tejer una estera tenía que sentarse durante un día en el piso y comenzar a cruzar, con la agilidad de las manos, las fibras. Los juncos, por el contrario, le exigían estar arrodillada para ir amarrando las fibras a través de unas estacas que sepultaba en la tierra.

Sin embargo, en 1999 un nuevo panorama se abrió para ella y para ocho artesanas más de la región. Ese año la gobernación de Cundinamarca y Artesanías de Colombia realizaron una capacitación en la que les enseñaron a utilizar el junco y la enea, otra planta acuática que crece a orillas de la laguna de Fúquene, de una manera más innovadora. Enrollando ambas fibras aprendieron a hacer canastos, papeleras, individuales, cazuelas, portacazuelas y mesas.

Gracias al nuevo conocimiento Flor Alba decidió fundar Artesanías el Laurel, un taller que funciona en su casa y en donde trabaja con su hija, una amiga y un socio. En 1999 una portacazuela negra que diseñaron con la asesoría de Artesanías de Colombia ganó el Lápiz de Acero, a mediados de los años 2000 les dictó una capacitación a 50 artesanas de Cartagena que empezaron a poner en práctica el oficio, y en 2011 fue escogida con un grupo de artesanos colombianos para representar al país en el Festival Smithsonian Folklife Festival en Washington, Estados Unidos. A los 58 años, Flor Alba continúa vendiendo sus productos en una orilla de la carretera de Fúquene y a algunos clientes de Bogotá y Cali que, según ella, han sabido apreciar la calidad de sus tejidos.



14. SAN AGUSTÍN / HUILA

PLATO INNOVADOR





Las ganas de innovar y de presentar un producto diferente, motivaron a **Clelia Rengifo** a trabajar con la fibra de plátano. Una mañana de 1983 apareció en su casa con la fibra. Sus cinco hijas, que habían aprendido a tejer desde los cuatro años con el fique, no creyeron que con el plátano tuvieran una fibra natural lo suficientemente poderosa para desarrollar el oficio de otra manera. Pero Clelia estaba convencida de que si la fibra se dejaba secar e hilar podría usarla para tejer diferentes productos.

Ese año se realizó una feria campesina en San Agustín, Huila, a la que Clelia se presentó con un bolso hecho con fibra de plátano. El producto gustó tanto que empezó a recibir invitaciones para asistir a ferias y a eventos organizados por la corporación de turismo del departamento. El paso siguiente fue enseñarles a sus hijas a trabajar la fibra, la cual es más delicada que el fique. Rosario Becerra, una de las hijas de Clelia, cuenta que en parcelas vecinas y en la pequeña huerta que tienen en su casa consiguen el tallo del plátano. De ahí sacan con una cu-

chilla de madera la fibra, la lavan, la secan y luego la peinan con las manos para poderla manipular en el telar. Algunas se pintan con fibras vegetales como el nogal, el chilco, el achiote y la mora.

Con la fibra del plátano hacen tapetes, sombreros, individuales, mochilas, bolsos, morrales, cojines y centros de mesa con llamativos diseños geométricos, pero a lo que le dedican más tiempo es a las telas. Para ampliar el negocio, hace unos años empezaron a vender telas con diferentes medidas a empresas de Cali y Bogotá que las utilizan para fabricar bolsos, cojines y billeteras. Al mes hacen seis telas, ya que para tener lista una deben tejer entre cuatro y cinco días seguidos.

Aunque han seguido trabajando con el fique, lo que más les interesa es afianzar el conocimiento del uso de la fibra del plátano en la artesanía. A los 48 años, Rosario asegura que está dispuesta a seguir enseñándole el oficio a quien se lo pida. Lo ha hecho con varias artesanas de San Agustín como una manera de preservar el importante legado de su madre.



15. BELÉN / NARIÑO

EL ARTE DE VESTIR A LOS CABALLOS



PRACTICANDO CONOCIÓ LOS SECRETOS DEL OFICIO Y APRENDIÓ A MOLDEAR EL CUERO Y A PERFECCIONAR LA TALLA DE LOS DIBUJOS. EN EL PRIMER PISO DE SU CASA EN BELÉN FUNCIONA EL TALLER BRÍOS LÍNEA EQUINA, DONDE TRABAJA CON SU ESPOSA, QUIEN SE ENCARGA DE LA CONTABILIDAD DE LA EMPRESA, Y DOCE ARTESANOS QUE HAN IDO APRENDIDO EL OFICIO Y DESARROLLANDO LA HABILIDAD QUE SE NECESITA PARA TRABAJAR EL CUERO.

El arte de la talabartería y el diseño de accesorios equinos han estado presentes en distintas generaciones de la familia Muñoz. A los cuatro años, **Flavio Muñoz** comenzó a observar la manera en que su padre trabajaba el cuero, luego empezó a buscar herrajes y a tallar figuras de flores y caballos en alto relieve en las sillas de montar. Después conoció la manera de coser el cuero a mano y a máquina, y a los 10 años hizo su primera silla de montar. Cuando salía del colegio continuaba instruyéndose al lado de su padre, quien le transmitió la importancia de mantener una tradición que ha estado vigente durante décadas en el municipio de Belén, Nariño. Practicando conoció los secretos del oficio y aprendió a moldear el cuero y a perfeccionar la talla de los dibujos. En el primer piso de su casa en Belén funciona el taller Bríos línea equina, donde trabaja con su esposa, quien se encarga de la contabilidad de la empresa, y doce artesanos que han ido aprendiendo el oficio y desarrollando la habilidad que se necesita para trabajar el cuero. En el taller hacen cuatro líneas de sillas de montar: las que se utilizan para algunos deportes como el salto y el polo, las que se usan para trabajos en el campo y las fincas,

las de vaquería y las de exhibición de caballos en las ferias, que son las más finas y elegantes. También fabrican todos los accesorios que necesita el caballo, como las pecheras, las riendas, las cinchas, las alforjas, las alfombras que van debajo de la silla, las tarabas y guardabarros para meter los pies, así como sombreros, chalecos y chamarras para el jinete. Hace diez años, luego de realizar una capacitación en comercio exterior, Flavio comenzó a exportar la línea equina a Estados Unidos, a donde cada mes envía productos que se han hecho famosos por ser livianos, suaves, elegantes y resistentes. También inició la importación de cueros curtidos con vegetales que dan muy buen calibre y calidad, y ahora está en negociaciones para abrir un nuevo mercado en Ecuador. A los 60 años, uno de sus proyectos es realizar talleres de capacitación en talabartería y marroquinería hecha a mano a los que puedan asistir los jóvenes del municipio, pues dice que es un oficio que comienza a desaparecer. Sin embargo, confía en su capacidad de transmitirles no solo el conocimiento sino el amor y el respeto por una práctica ancestral que debe permanecer en el tiempo.



16. SANDONÁ / NARIÑO

TEJIDO ESPIRITUAL





A los 68 años, **Aida Montezuma** está convencida de que la tejeduría siempre ha sido su camino. A través del tejido asegura conectarse todos los días con Dios. Para ella, tejer es un acto meditativo y religioso. Su relación con el oficio comenzó a los seis años, cuando su madre le enseñó a tejer con la fibra de la palma de iraca. Desde ese momento empezó a cumplir una estricta rutina. Estudiaba hasta las cuatro de la tarde y, cuando regresaba a su casa, encontraba la paja remojada con la que debía tejer hasta que entrara la noche.

En 1970 abrió su propio taller en el municipio de Sandoná, Nariño. Ese año fundó con unas amigas Tejeiraca. Hacían muñecos, sombreros e individuales, pero algunas se casaron y otras no lograron enamorarse del oficio. Aida decidió continuar sola con el proyecto. Aunque a veces no tenía dinero para comprar la materia prima, se las ingeniaba para vender los productos que tenía y mantener cierto ritmo en la producción. Su esposo, que trabajaba como conductor, se apasionó por el oficio y comenzó a ayudarla. Después ingresó a una asociación de la Casa de la Cultura de Pasto, donde la ayudaron a asistir a diferentes ferias de artesanías en el país. Poco a poco se fue dando a conocer, los productos

comenzaron a venderse y la empresa se fue consolidando.

Hoy tiene un amplio taller en donde trabajan diariamente entre cinco y siete artesanas. Con la fibra hacen arreglos de navidad, bisutería, individuales, tapetes con trenza y los tradicionales sombreros de iraca, el producto que le ha dado fama y uno de los que más le piden. La fibra, que consigue en Sandoná, debe blanquearse con azufre, lavarse, secarse y, si es necesario, tinturarse con anilinas o tintes naturales que obtienen del nogal y el achiote. Luego del tinte se deja secar y se vuelve a remojar, ya que la paja debe estar húmeda para facilitar el tejido a mano. Finalmente pone la tradicional cinta negra que adorna el sombrero o cintas de colores vivos que le han pedido algunos clientes.

El sueño de Aida es capacitar a más artesanas. Hacerlo evitaría que se degenerara la técnica del tejido tradicional y que se continúen realizando sombreros finos y fuertes. Durante todos estos años Aida ha hecho su parte. En los años 80 realizó concursos de tejido para motivar a los jóvenes, y en los 90 capacitó a artesanas de los municipios de San José, Santa Rosa y Sandoná. Ahora espera que sus tres hijos y sus dos nietos la ayuden a continuar con su legado.



CESTERÍA
CAFETERA:
UN SIGLO
DE HISTORIA



EL PRIMER PASO Y EL MÁS IMPORTANTE ES ENCONTRAR LA MATERIA PRIMA, LA CUAL SE CONSIGUE EN LOS BOSQUES ALEDAÑOS AL PUEBLO. PARA HACERLO SE DEBEN EMPRENDER CAMINATAS LARGUÍSIMAS EN TIEMPOS DE LUNA MENGUANTE, LA CUAL GARANTIZA LA CALIDAD DEL PRODUCTO.

Hace más de un siglo, la cestería se convirtió en una importante tradición en el municipio de Filandia, Quindio. Debido al apogeo de la bonanza cafetera en la región y a la necesidad de tener canastos resistentes para la recolección del café, las familias del municipio se iniciaron en el oficio. La tradición se ha transmitido de generación en generación y ha sido tan importante que Filandia fue nombrada patrimonio departamental de la cestería en 2008.

Wilmar Colorado pertenece a la sexta generación de tejedores que utilizan la fibra del bejuco tripa de perro. Tiene 30 años y aprendió a los ocho observando a su madre, a sus tíos y a su abuelo. Le apasionó tanto la cestería que hoy es dueño de Philodendron, una empresa que fabrica con la fibra del bejuco tripa de perro bisutería, muebles, apliques para cielorrasos y para puertas, y el tradicional canasto recolector. En su empresa, donde ha empleado a diez personas, también les ofrece a los turistas la posibilidad de vivir la experiencia de la cestería y de conocer en detalle el proceso de fabricación de un canasto.

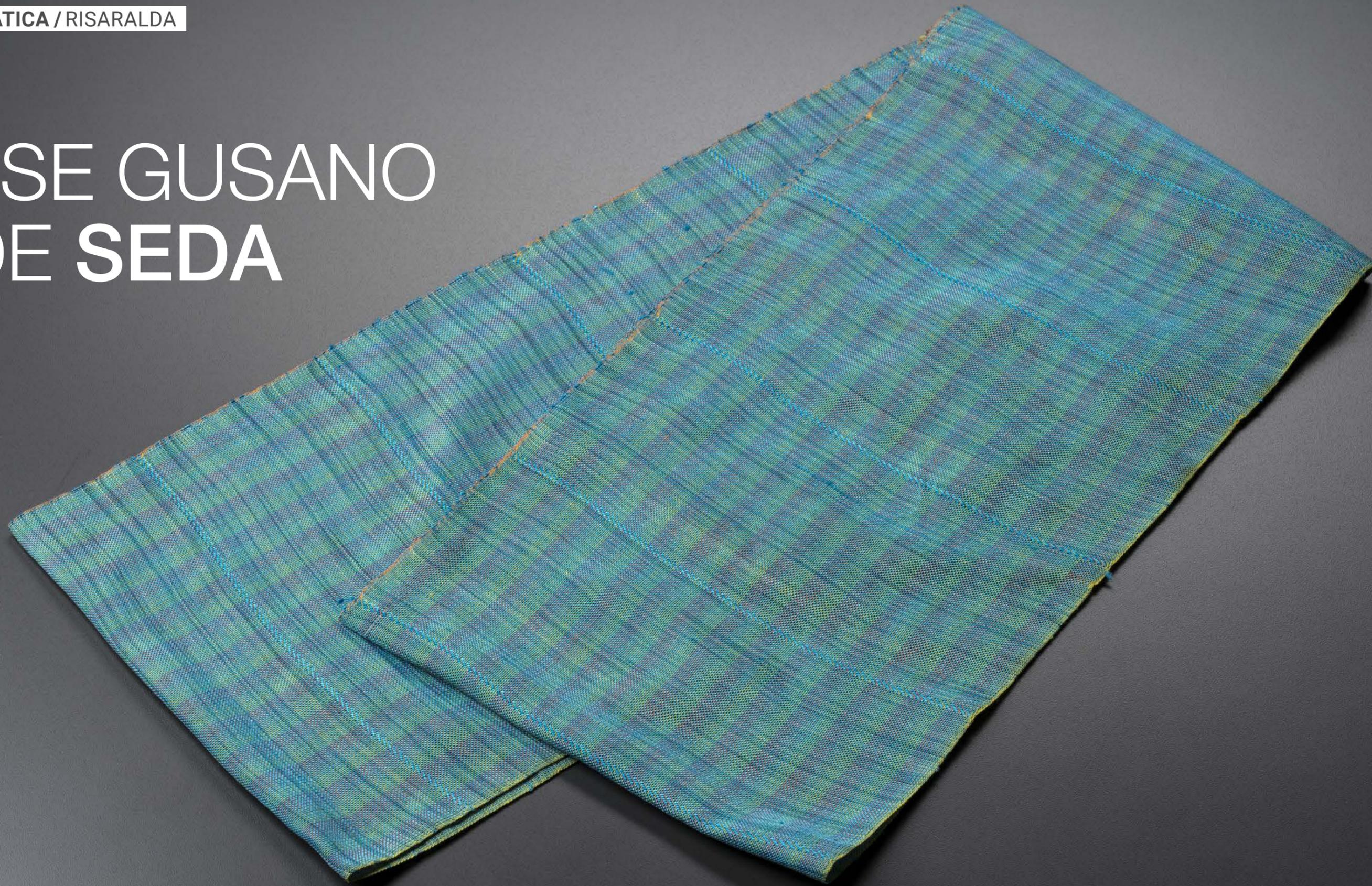
El primer paso y el más importante es encontrar la materia prima, la cual se consigue en los bosques aledaños al pueblo. Para hacerlo se deben emprender caminatas larguísimas en

tiempos de luna menguante, la cual garantiza la calidad del producto. Encontrar el bejuco no es fácil, ya que al ser una planta silvestre necesita del ambiente del bosque y de un proceso de crecimiento que puede tardar entre dos y cinco años. Una vez se obtiene el material se realiza el proceso de pelado y de secado. La fibra puede secarse extendiéndose bajo el sol o sobre una tapia que se ubica arriba de un fogón de leña, un antiguo método que seca e inmuniza el material. Para tejer el artesano necesita una banca pequeña, destreza en las manos y mucha energía, ya que debe darle forma al canasto y sostener la fibra usando la fuerza de los pies y las rodillas.

Existen seis canastos tradicionales. El semi-llero, que es el más pequeño y se usa para cargar semillas; el recolector, creado para la recolección del café; el lavador, que funciona como una especie de colador en el que se lava el café rayado; el cascarero, en el que se depositan los residuos de café; el remesero, usado para cargar el mercado, y la canasta, tejida de forma rectangular para el mercado diario. Wilmar aspira a consolidar su empresa en los próximos años para poder generar más trabajo y mantener una tradición que, cada día, atrae a más personas al municipio.



ESE GUSANO DE SEDA





Gloria Bayer aprendió a trabajar la seda hace 18 años. Junto con ella, otros 70 artesanos del eje cafetero se conectaron con un saber ancestral en una capacitación que realizó una ONG en la región. Gloria pertenecía a una familia de agricultores y, aunque había visto a su madre tejer con hilo y lana carpetas, cortinas y tendidos para el hogar, nunca pensó dedicarse a la tejeduría. Sin embargo, la seda la sedujo inmediatamente.

A los 15 años se casó y encontró al cómplice perfecto para desarrollar el oficio. Su esposo tenía un terreno donde cultivaba la morera, la planta de la que se alimenta el gusano de seda, solo necesitaba desarrollar la experticia en el oficio para poner a andar el negocio. Al comienzo solo vendían el capullo, pero con el tiempo empezaron a interesarse en el proceso de producción.

En un invernadero realizan la crianza del gusano, que dura unos 40 días, y antes de que se convierta en mariposa cortan el ciclo. Utilizan el capullo completo para obtener hilos continuos y delgados con los que tejen chales, corbatas, corbatines y bufandas, y el capullo roto para conseguir hilos cortos y gruesos con los que hacen cuellos y otra línea de chales y bufandas. El capullo se cocina diez minutos en agua y luego se pasa a

la devanadora, en la que se empieza a hilar hilo por hilo. Después se realiza el proceso de torsión y lavado de la fibra para despegar la goma que queda del capullo y conseguir una seda suave y brillante. Finalmente se deja secar, se diseña la prenda y se pasa al telar. Con 20 tejedoras del municipio de Guática, Risaralda, Gloria creó hace cuatro años la Asociación Café y Seda, ya que muchos de los productos los tinturan con café de la región, plantas y hojas. En el taller trabajan su mamá, a quien le enseñó el oficio, una hermana, su hija, que se encarga del diseño de las prendas, y su hijo, cuya labor es la publicidad y el mercadeo de la empresa.

A los 44 años, Gloria está incentivando a los campesinos del municipio para que empiecen a cultivar el gusano de seda. Un solo capullo entrega entre 900 y 1.200 hilos, y para tejer una prenda necesitan el hilo de 200 o 400 capullos, lo que genera que la demanda sea muy alta. El único camino para aumentar la producción y contemplar la posibilidad de exportar es convencer a los campesinos de que entren a hacer parte del negocio. Gloria asegura que su propósito es convertir a Guática en una región reconocida a nivel internacional por la tejeduría y el arte del cultivo de la seda.





LOS REGALOS
DEL LIENZO DE
LA TIERRA



DEL PROCESO DE HILATURA, QUE ES EL MÁS DISPENDIOSO, SE ENCARGAN DESDE HACE CUATRO AÑOS SEIS PRESOS DEL CENTRO PENITENCIARIO DE SAN GIL. LA IDEA DE INVOLUCRAR A LOS INTERNOS SURGIÓ CUANDO SEINY CATALINA TRABAJABA COMO PROFESORA DE TEJEDURÍA DEL SENA.

Hace 20 años la abuela de **Seiny Catalina Sanabria** recuperó una tradición que se estaba perdiendo en Charalá, Santander: la elaboración de textiles con algodón cien por ciento natural, conocidos en la región como los lienzos de la tierra. Su abuela inició una corporación de tejeduría manual en algodón junto con un grupo de señoras del municipio. En su casa montó un taller en donde se propuso rescatar un saber que había acompañado a las mujeres de diferentes generaciones de su familia. A los 12 años, Seiny Catalina comenzó a observar el proceso y a los 17 empezó a tejer. Cuando su abuela se retiró decidió encargarse de preservar el legado.

En 2005, con tan solo 21 años, se sintió lista para dar el siguiente paso: formar su propia empresa. Creó Manik, que en lengua maya significa hecho a mano, una empresa dedicada a la tejeduría con algodón que ha empezado a experimentar con fibras menos costosas como la lana y el fique. En su casa montó un taller con seis telares horizontales, ruecas, urdidores y un fogón de leña para el proceso de tintura. Cuatro artesanas se dedican a la tejeduría, dos están especializadas en acabados y confección, y una en

tintura artesanal en la que utiliza las hojas de la cebolla, la remolacha, el sauco y la semilla del achiote.

Del proceso de hilatura, que es el más dispendioso, se encargan desde hace cuatro años seis presos del Centro Penitenciario de San Gil. La idea de involucrar a los internos surgió cuando Seiny Catalina trabajaba como profesora de tejeduría del Sena. Después de una capacitación que realizó en el lugar, algunos se vincularon al proceso de hilatura de algodón. Además de aprender un oficio, los presos reciben un pago por la mano de obra y obtienen rebajas en la condena.

Al mes tejen entre 60 y 70 metros de tela que les vende a empresas de Bogotá y Barrichara, las cuales hacen ponchos, ruanas, bufandas, chalinas, guayaberas, pantalones, cortinas y cojines con los textiles de Manik. A los 32 años, Seiny Catalina asegura que su propósito es ampliar el mercado del producto y generar más mano de obra. Le interesa involucrar a la población más vulnerable en el oficio, como a los presos y a las madres cabeza de familia. Desea que accedan a una mejor calidad de vida y que descubran esa misma pasión que ella siente por la tejeduría.



LOS HAMACAS DE MORROA





Su abuela le enseñó a tejer fajitas, una especie de cinturón para ponerle a los jeans y a los pantalones, cuando cumplió ocho años. En esa época **Nelida Colón** alternaba el estudio con la tejeduría. De ocho a once de la mañana iba al colegio en el municipio de Morroa, Sucre, luego regresaba a donde su abuela, quien le tenía el algodón listo, y tejía una o dos fajitas. Salía a venderlas al pueblo y a las dos de la tarde retomaba el estudio. Cuando creció y adquirió más experiencia, su abuela le enseñó a tejer bolsos, gorros, bufandas, abarcas, zapatillas y billeteras. Finalmente pasó la prueba mayor: dominar el tejido de la hamaca grande en el telar vertical.

Cuando se graduó decidió estudiar modistería y decoración en Barranquilla y Sincelejo. Durante 30 años alternó la modistería con la tejeduría, de esa manera pudo sacar adelante a sus cuatro hijos –tres hombres y una mujer–, quienes hoy conocen a profundidad el oficio. Para hacer una hamaca, que le demanda una semana entera de trabajo, necesita cuatro libras de hilo de algodón que les compra a proveedores de Barranquilla. Con fécula de yuca, que pone a hervir, forma un almidón por el que pasa cada hilo de la madeja, una técnica que le garantiza crear una hamaca fuerte y duradera. Luego deja secar los hilos al

sol antes de pasarlos al telar y comenzar el proceso de tejido.

Nelida asegura que le gusta hacer cosas diferentes. El algodón lo tintura con anilinas y con plantas como el mata ratón, que da un tono verde biche; la cáscara de la cebolla, con la que obtiene el violeta, y el sangregado, con el que consigue el gris. A los 60 años, teje la tradicional hamaca arcoíris, que tiene ocho colores, y la hamaca color hueso, que es una de las más populares. Hace unos años, después de una capacitación en mercadeo, comenzó a tejer la pinta del sombrero vueltiao, una hamaca de franjas crudas y negras. En 2002 ayudó a constituir la Asociación de Artesanos Unidos de Morroa, de la que hacen parte 22 artesanos. Pero en 2012, debido a la construcción de la doble calzada que va de Montería a Corozal, perdieron su sede y hoy cada uno trabaja desde su hogar. Nelida también anhela recuperar su casa. Hace tres años la perdió en un incendio y ahora vive donde su hermana. Sus esperanzas están puestas en las ventas que realiza en las ferias. Está convencida de que comercializando sus productos podrá volver a tener un techo en donde, algún día, pueda fundar un taller. Quiere enseñarles a las mujeres del municipio el oficio y demostrarles que es posible salir adelante honrando una labor ancestral.



21. EL GUAMO / TOLIMA

LA PALMA REAL: UNA CUESTIÓN DE AMOR





El amor hizo que **Sol Ángel Briñez** conociera la tejeduría con palma real. La historia empezó durante unas vacaciones en el municipio de El Guamo, Tolima. Sol Ángel tenía 17 años y había dejado la capital para relajarse y disfrutar de otro clima. A los pocos días conoció a Ulises Quintero, quien había aprendido la tejeduría con palma real desde los seis años. Se volvieron amigos, al año decidieron ser novios y al poco tiempo empezaron a vivir juntos. Hoy llevan 22 años compartiendo la vida y el amor por un oficio que es tradición en la región.

Sol Ángel cuenta que empezó a interesarse por el tejido a las pocas semanas de haberse radicado en El Guamo. En sus ratos libres observaba la manera en que la comunidad se agrupaba alrededor de un saber ancestral y decidió aprender. Fue Ulises quien le enseñó el proceso. Le indicó la manera en la que se bajan los cogollos de la palma real. Le mostró cómo blanquear la fibra cocinándola en agua con sal o con limón y cómo debía secarla durante tres días al sol.

Sol Ángel aprendió a fragmentar la fibra en pedazos de 17 metros, los cuales debe remojar para que la palma no se parta antes

de comenzar a coser a mano sombreros, abanicos, pavas, bolsos, tapetes y trajes que han llegado a lucir varias candidatas del departamento del Tolima en el desfile de fantasía del Reinado Nacional de Belleza. Para hacer las pavas y los tapetes tintura la fibra con químicos, pero ahora está investigando cómo empezar a utilizar plantas y hojas vegetales para hacer más natural el proceso. Sol Ángel se comprometió tanto con el oficio que fue nombrada representante legal de Asopalguamo, una asociación creada hace cinco años a la que pertenecen 24 familias de artesanos. Dice que el propósito de todos es dar a conocer los productos hechos con palma real en Colombia y en el mundo, pero que antes necesitan tener un taller de trabajo comunal y un terreno en donde puedan cultivar la palma real. El proyecto se pasó al municipio y están en espera de que les den luz verde para poder continuar. Mientras tanto trabaja desde su casa con su esposo, su suegra y una hija. A los 40 años, asegura que su meta es exportar los productos y enseñarle al mundo, a través de la tradición del tejido, algunas de las riquezas de Colombia.



22. IBAGUÉ / TOLIMA

CHIPALO ORIGINAL





Rosalía Triana es la segunda de siete hermanos. Su madre fue ama de casa y su padre mecánico. A los 13 años, cuando su padre murió, empezó a trabajar en una fábrica de Ibagué en donde aprendió a tejer canastos de mimbre y cestos de madera. A Rosalía le apasionó el oficio, y comprendió que era posible innovar la técnica y crear nuevos productos. En la empresa conoció a su esposo y, cuando cumplió 18 años, decidió casarse y crear su propio negocio.

Desde su casa comenzó a hacer canastos, bandejas y muebles para la sala de mimbre. En esa época utilizaba el triplex para formar la estructura de los objetos, pero con el tiempo ha ido investigando la manera de emplear mejores materiales. En 2004, cuando murió su esposo, decidió consolidar y registrar la empresa, a la cual llamó Arte Chipalo. En ese momento dejó de fabricar muebles de sala para enfocarse en productos funcionales del hogar. También cambió el triplex y empezó a manejar el alambre y la fibra del bejuco de chipalo, una materia prima que nace en las plantas más altas de zonas de clima caliente y que se utilizaba en la región para hacer el tradicional canasto recolector de café.

Rosalía intuyó que podía darle otro uso a la fibra y tejer con ella diversos productos.

Cada mes se la llevan hasta su casa, donde tiene un taller en el que trabajan dos de sus seis hijos y cuatro familiares que la ayudan en épocas de ferias. Con el alambre uno de sus hijos hace la estructura de los productos, y con el mimbre y la fibra de chipalo, que ya viene procesada, ella teje a mano canastos para picnic, para guardar la leña, fruteros, bandejas, organizadores para el baño, cestas y baúles para la ropa.

A los 66 años, Rosalía es capaz de trabajar desde la mañana hasta las diez de la noche. Asegura que el secreto del éxito está en la capacidad de innovación que ha tenido la empresa y en los productos útiles y duraderos que fabrican. Hace unos años comenzó a utilizar pedazos de cuero en los baúles y a crear modernas lámparas de mimbre. También ideó unos gallos de 80 centímetros de alto por 60 de ancho con colas hechas de chipalo que se han convertido en un singular objeto de decoración.

En 2005 recibió el certificado Icontec de hecho a mano y en 2015 la Medalla a la Maestría Artesanal, lo que la ha motivado a compartir su conocimiento con otras artesanas. Su sueño es generar empleo y contagiar a muchas jóvenes del mismo amor que ella siente por el oficio.



23. CARTAGO / VALLE



LA DELICADEZA
DEL BORDADO



CUANDO SE GRADUÓ EMPEZÓ A CREAR CORTINAS DE PRENSA Y A BORDAR COJINES O TAPETICOS DE MESA QUE LE ENCARGABAN SUS AMIGAS. POCO A POCO SE FUE DANDO A CONOCER EN EL MUNICIPIO POR SU HABILIDAD Y DESTREZA, Y HACE 37 AÑOS DECIDIÓ FUNDAR DCORALIA.

Cecilia Velásquez aprendió a tejer sentada en un banquito que le ponían al lado de su abuela. Tenía solo cuatro años cuando comenzó a observar el proceso y a realizar pequeñas tareas, como hacer una cadeneta, una trencilla o un tejido en croché. Practicando se enamoró del oficio. Cuando inició segundo de primaria en el colegio María Auxiliadora de Cartago, donde se formó con religiosas franciscanas, la clase de bordados y costuras se convirtió en un requisito. Por la experiencia que había adquirido al lado de su abuela y de su madre, aprendió con facilidad a hacer diferentes tipos de puntadas, a pegar botones, a remendar una prenda y a tejer delicados bordados.

Cuando se graduó empezó a crear cortinas de prensa y a bordar cojines o tapeticos de mesa que le encargaban sus amigas. Poco a poco se fue dando a conocer en el municipio por su habilidad y destreza, y hace 37 años decidió fundar Dcoralia. En un local que medía tres metros de ancho por tres de largo, montó el almacén con la ayuda de su esposo. Cecilia creó una delicada línea de lencería de bebé y otra especializada en productos para el hogar, en la que ofrece manteles, individuales, caminos de mesa, paneras, toallas y juegos de sábanas.

La calidad de su trabajo la ha hecho ganadora del Premio Aguja de Oro en 1993 y 2010, y del Dedal de Plata en 2003 y 2006.

Gracias a la fama que adquirió por su trabajo, pudo comprar una propiedad más amplia en donde ahora funciona el almacén. El lugar también se ha convertido en un centro de capacitación para madres cabeza de familia que quieren aprender el delicado arte del bordado. A Dcoralia deben llegar con un pedazo de tela, un deshilador, hilos y tijeras. Lo primero que les enseñan es a sacar correctamente las hebras, para que luego puedan dominar las técnicas del calado –en la que se sacan hebras por la trama y la urdimbre– y la randa –en las que las hebras se sacan en una sola dirección–.

Cada mes recibe en el almacén los mejores bordados de las mujeres que han ido capacitando, y luego se encarga de hacer el corte y perfeccionar los acabados para que cada producto que salga al mercado refleje el respeto por el oficio. Cecilia es exigente, le gusta que en cada artículo se vea la perfección y la belleza del bordado. A los 72 años, confiesa que aún le falta por cumplir un último sueño: exportar sus tejidos. Todos los días le pide a Dios que le dé más tiempo para lograr su objetivo.



24. ANSERMA / CALDAS

LOS CALADOS:
UN PROYECTO
DE VIDA





AL CREAR SUS PROPIOS PATRONES Y MEZCLAR DIFERENTES PUNTADAS, PODÍA TENER PRENDAS ÚNICAS. HOY ES RECONOCIDA POR SUS FALDAS, SUS GUAYABERAS, SUS BLUSAS, SUS PANTALONES Y SUS CÉLEBRES ZAPATOS DE SUELA DE FIQUE TEJIDOS CON LAS PUNTADAS DE BRUJA Y DE ARAÑA.

Rubiela Grisales cumplió 16 años su familia decidió instalarse en el municipio de Ansermanuevo, Valle. Habían recorrido Manizales, Chinchiná y Santa Rosa en busca de una mejor vida, pero fue en Ansermanuevo donde su padre, quien se había dedicado al campo y a diversos oficios, encontró estabilidad elaborando colchones y trabajando en herrería. En las tardes, cuando salía del colegio, Rubiela (la mayor de cuatro hermanas) laboraba en una tienda de abarrotes. Fue allí donde una cliente, que estaba embarazada, le propuso aprender la técnica del calado, que son los adornos que se hacen en las telas. Necesitaba unas manos jóvenes que la ayudaran a tejer las camisas del bebé que esperaba. Rubiela aceptó el reto y pronto descubrió que tenía talento suficiente para dedicarse a la tejeduría.

Junto a su madre había aprendido la técnica del croché a los diez años. Ella misma tejía las batas, los zapatos y los bolsos de sus muñecas, pero cuando conoció el calado se propuso ser una de las mejores en el oficio. En manuales antiguos y en tutoriales en internet fue descubriendo nuevas puntadas, aprendió a conocer qué telas se podían deshilar y a dominar muy bien el hilo, el algodón y el chalis.

En 2005 ingresó a la Asociación Probordados de Cartago, donde recibió varias capacitaciones sobre diseño y un taller sobre patronaje de prendas

con instructores de la Escuela Arturo Tejada. Según Rubiela, en ese taller nació como empresaria. Se dio cuenta de que, al crear sus propios patrones y mezclar diferentes puntadas, podía tener prendas únicas. Hoy es reconocida por sus faldas, sus guayaberas, sus blusas, sus pantalones y sus célebres zapatos de suela de fique tejidos con las puntadas de bruja y de araña.

En 2005 participó en el Círculo de la Moda de Bogotá, en 2007 estuvo en Expobordados en Cartago y en 2008 presentó, junto con el diseñador Juan Pablo Socarrás, una pasarela organizada por Artesanías de Colombia en Cali Exposhow. Ese año también realizó, junto con otras 50 tejedoras, 250 bordados para unos uniformes diseñados por Hernán Zajar para un hotel en el Caribe.

Rubiela trabaja desde su casa. Allí corta, diseña, hace los calados y bordados, y transmite su conocimiento a las 50 bordadoras que laboran con ella. Al año lanza dos colecciones –en Semana Santa y en diciembre– que les vende a clientes mayoristas en Bogotá, Medellín y Cali, así como a puntos de venta en municipios del Tolima y el Huila. A los 49 años, dice que los calados son un proyecto de vida con el que espera seguir inspirando a su familia y a las mujeres del municipio.



25. **SUAZA / HUILA**

EL ARTE DEL SOMBREIRO DE **SUAZA**



HACE CUATRO AÑOS GANÓ EL PRIMER LUGAR EN UN CONCURSO DE TEJEDURÍA EN NEIVA Y SU FAMA CRECIÓ. DESDE ESE MOMENTO SE HA ENCARGADO DE TRANSMITIRLES SU CONOCIMIENTO A LAS MUJERES DE LA COMUNIDAD EN TALLERES QUE DICTA PARA MANTENER VIVA LA SEMILLA DEL OFICIO.

María Helena Muñoz se paraba al lado de su madre a verla tejer. A los seis años observaba cómo los dedos se movían con rapidez para cruzar las hebras del sombrero, y esperaba con paciencia a que llegara el momento de poder sentir la fibra y lanzarse a tejer. Insistiendo y equivocándose, aprendió un oficio que ha acompañado a todas las mujeres de su familia.

Es la tercera de siete hermanos y la que más gusto desarrolló por el tejido. Desde muy pequeña empezó a ayudarles a su mamá y a su abuela a hilar el producto. Para poder sobrevivir, tenían una meta clara: hacer entre las tres un sombrero suazo en ocho días. Venderlo les garantizaba el sustento familiar.

Su primer sombrero se lo vendió a una señora por 100 pesos. Con ese dinero compró unas sandalias plásticas para ir a la escuela que usó hasta tercero de primaria, cuando tuvo que retirarse para darle a su hermano menor la oportunidad de estudiar. Pero María Helena no se conformó. Durante un año estudió todos los sábados para hacer cuarto de primaria y, ya mayor, decidió validar el bachillerato. Sin embargo, es la pasión por el oficio la que a los 55 años la llena de orgullo.

En su trabajo es estricta y meticulosa. Para garantizar la calidad de los sombreros que fabrica, se encarga de realizar todo el proceso. Su hijo de 35 años le corta los cogollos de la palma de iraca y ella se dedica durante tres días a ripear la fibra,

hervir la materia prima, lavarla y ponerla a escurrir. Después despega con delicadeza hebra por hebra y selecciona el material. Las hebras amarillas y gruesas para los sombreros promedio, y las hebras blancas y delgadas para los de mayor calidad.

Luego comienza a tejer. En ese momento recuerda a su madre y encomienda su trabajo a Dios. Pide rapidez, paciencia y un sombrero bien hecho. Para lograrlo necesita tener procesada la fibra de 50 cogollos y consagrarse al tejido durante un mes. El proceso final consiste en darle manualmente la forma al sombrero. Hay varios estilos, pero los más comunes son la copa plana, la copa plancha, el Constanza y el tres canales.

Hace cuatro años ganó el primer lugar en un concurso de tejeduría en Neiva y su fama creció. Desde ese momento se ha encargado de transmitirles su conocimiento a las mujeres de la comunidad en talleres que dicta para mantener viva la semilla del oficio.

En la vereda Guayabal, en el municipio de Suaza, Huila, vive con Pacho, un gato chocolate de ojos azules que la acompaña en silencio mientras teje. De lunes a viernes se concentra en el sombrero y los fines de semana los dedica a experimentar. Con las hebras de la palma de iraca que ha procesado hace aretes, bolsos, camándulas, cuadros y flores. Su trabajo es reflejo de una tradición familiar que se ha encargado de custodiar. Es parte de su historia.



ARTÍFICES No. 7

ARTESANÍAS DE COLOMBIA

Gerente General

Ana María Frías Martínez

Jefe de la oficina asesora de Planeación en información

Sara Consuelo Sastoque Acevedo

Gestión del conocimiento

Camilo Ernesto Rodríguez Villamil

Comité editorial

Ana María Frías Martínez

Laura Samper Blanco

Camilo Rodríguez Villamil

Leila Marcela Molina Caro

Felipe Suarez

Coordinación editorial

Camilo Ernesto Rodríguez Villamil

Textos

María Alexandra Cabrera

Diseño editorial

Laura de Gamboa

Fotografía objetos

Iván Ortiz, Fabián Parra

Fotografía introducción

Eric Bauer

Preprensa

Finaltouch

Nota aclaratoria:

Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero sí al oficio referido en la historia.

© ARTESANÍAS DE COLOMBIA

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistema recuperable o transmitida en forma alguna o por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el previo permiso escrito de Artesanías de Colombia.

Calle 74 No. 11-91

www.artesaniasdecolombia.com.co

Catalogación en la *Publicación Artesanías de Colombia*

Artífices 7 /

Artesanías de Colombia. – Bogotá : Artesanías de Colombia, 2014- . --

No. 1 (2014)-No. 7 (2016).

Volúmenes : ilustraciones ; 27 cm.

Semestral

ISSN: 2357-5352

1. Artesanías - Investigaciones - Colombia - Publicaciones seriadas --

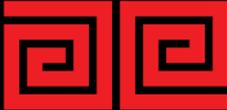
2. Artesanos - Colombia - Publicaciones seriadas -- 3. Desarrollo artesanal - Colombia - Publicaciones seriadas -- 4. Oficios artesanales - Colombia - Publicaciones seriadas I. Colombia. Ministerio de Comercio, Industria y Turismo. Artesanías de Colombia

745.5--dc23

JMCH/CENDAR

“Piensa bonito, habla bonito, teje bonito”

Hugo Jamioy, etnia Kamëntsá,
Valle del Sinbunday, Putumayo, Colombia.

 artesanías
de colombia